

Zaragoza, año 2065.

Bajo el sol del atardecer de una calurosa tarde de julio, Acher y su nieta Zoe pasean por la Plaza de Europa, en dirección al Paseo Echegaray y Caballero.

—Mira ese dron, abuelo, nos está escaneando —dice Zoe, señalando un diminuto dispositivo que, flotando, parpadea en tonos azules.

—Hay que ver, Zoe. Antes los drones eran solo para hacer fotos o jugar y ahora parece que nos conocen mejor que nosotros mismos —responde Acher sonriente.

—No nos conocen, abuelo, pero sí nos ayudan —le corrige Zoe—. Ellos vigilan que nadie se despiste.

Acher asiente, admirando el conocimiento de su nieta de apenas nueve años. Aunque él está más que acostumbrado a estas innovaciones, todavía le sorprende lo mucho que ha cambiado todo. Recuerda cuando la tecnología estaba en todas partes, pero más para el entretenimiento que para la seguridad vial.

Al llegar al paso de peatones, el pequeño dron proyecta una línea roja en el suelo. Acher, distraído contemplando a lo lejos El Pilar, da un paso adelante sin darse cuenta.

—¡Abuelo, espera! —Zoe tira con fuerza de su mano.

El dron emite una alerta sonora y, al instante, el semáforo proyecta una señal luminosa en el suelo. Un patinador que se acercaba a gran velocidad se detiene justo a tiempo, sonríe y procede a seguir su camino.

Acher suspira aliviado y le devuelve la sonrisa.

—Esto no existía antes, Zoe. Siempre había que estar atentos, porque a veces un despiste podía ser peligroso.

La niña aprieta la mano de su abuelo.

—Por eso inventaron los drones de seguridad vial, abuelo. Para cuidar cada paso de los mayores.

El dron, con un leve zumbido, sigue su camino, velando por todos desde el cielo de Zaragoza.